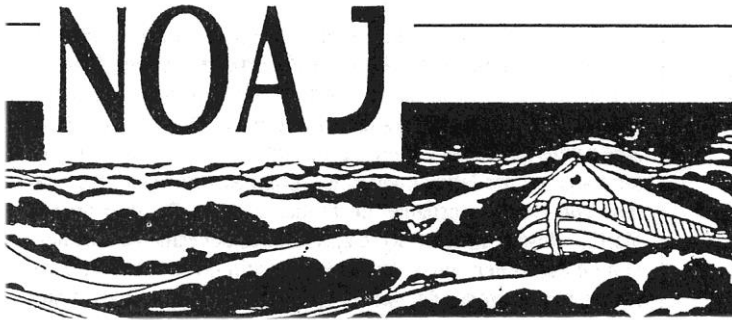




Año 2, N°. 2, julio de 1988

Gutman, Daniel. "Servir a otros dioses. Consideraciones sobre el exilio judío y otros exilios". pp. 22-25

Daniel
Gutman

Servir a otros dioses

Consideraciones sobre el exilio judío
y otros exilios

El exilio ha sido considerado, a través de distintas épocas y culturas, un castigo, el mayor de todos ellos; los ciudadanos de Atenas, puestos ante la disyuntiva del destierro o la muerte, preferían morir. La cesación era preferible a la corrosión lenta pero inevitable de las convenciones, usos y modelos que constituían su identidad. Preservaban, con ese último gesto cargado de tan honda dramática, una integridad que los peligros de la lejanía habrían minado hasta la distorsión.

Era una elección por el todo en contra de la parte, por lo mismo sobre lo diferente, una apuesta patética en beneficio de lo conocido; por ende, una desmesura de la razón y una merma en la entrega a la fecundidad de la incertidumbre. Convivir con los bárbaros, es decir, con los balbuceantes — los que ignoraban el idioma griego y lo hablaban con dificultad — equivalía a perder paulatinamente la sensación de pertenencia, a olvidar la clave secreta — un código cifrado en olores, gestos, ritmos y complicidades — que garantizaba la estabilidad psíquica y resguardaba la noción de “ser de determinada manera”. Elegir la muerte antes que el exilio es manifestar la conciencia de una superioridad que no se desea arriesgar, la certidumbre fanática que sólo dentro de los

límites conocidos de su propia cultura puede el hombre aspirar a la armonía y buscar el contenido de la felicidad. Abandonar la tierra natal era, según el modismo antiguo, pasar a servir a otros dioses.

Muchas explicaciones han tratado, a lo largo de siglos, de descubrir la razón fundamental para la opción escogida por los ciudadanos griegos — obviamente, no por todos; es posible imaginar sin violencia que algunos ilustres encontraron sosiego y dicha en crepúsculos egipcios o hindostánicos. Algunos estudiosos enfatizan el carácter reservado del isleño, demasiado apegado a límites precisos; otros, con la mira puesta en la justicia social, sostuvieron que la pérdida de sus privilegios, que el trago de cicuta sabía más dulce que la jornada del descastado. Pero más allá de las interpretaciones, permanece incólume la potencia del acto como un ejemplo del temor esencial que produce el exilio.

No fueron los griegos los únicos que se toparon con la afrenta del exilio. Todos los pueblos de la tierra lo han sufrido, y lamentablemente lo sufren a diario. Confeccionar un listado de comunidades que en algún momento de su historia hayan atravesado — algunas de sus minorías o su mayoría — por el destierro, equivale a hacer una lista perfecta de pueblos, a una genealogía sin fisuras de la familia humana.

No obstante, existe un pueblo que ha arrebatado dolorosamente para sí la condena del exilio, hasta convertirla en metáfora nacional y en paradigma universal: el pueblo judío. El término “diáspora” fue acuñado para determinar con exactitud su aventura entre las otras naciones del mundo. La figura del “judío errante”, registrada en documentos de culturas tan variadas como la romana y la japonesa, la islámica y la tibetana, atestigua las duras alternativas de una travesía sangrienta, jalonada de incompreensión y desventura.

Daniel Gutman Buenos Aires, 1954. Libros publicados: “Culpas y culpables” (1974); “Pie-dra de toque” (1980); “Plenitud del vacío” (1985). Libros inéditos: “Jaquemate” (guion cinematográfico); “Contra Tiempo” (dos versiones: novela y guion cinematográfico). Ocupación: publicista institucional.

La ligazón del destino judío con el exilio surge del primer paso de su camino como pueblo. La orden de Yahveh a Abraham: "Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré", Génesis 12,1, verdadera consigna del exilio, conserva intacta su elocuencia. Cuenta la historia que Girolamo Savonarola sufrió su conversión al oír recitar, en Faenza, a un fra-

destino, el fragmento citado. El estigmatizado sobre sí la condena del exilio hasta prodigalidad metafórica que distingue al exilio judío de todos los otros, de modo tal que su persistencia a través de los siglos lo que se convirtiera en suma y signo de todos ellos, ha depuesto un enorme interrogante sobre la conciencia moderna del mismo. ¿Cuál es la razón de la supervivencia del pueblo judío? ¿Qué misteriosa razón ha conservado – y multiplicado – su vitalidad, si – como afirmaban los ciudadanos de Atenas y tantos otros remisos al destierro de otras culturas – la errancia fuera del hogar paterno sirve para desdibujar la identidad, nunca para afirmarla convertida en trabajo cotidiano, en misión? Por otra parte, ¿dónde están hoy aquellos pueblos que, contemporáneos del inicio de la Diáspora, resistían encarnizadamente el suplicio del exilio y se abroquelaban sobre sí mismos para resistir la corrosión de lo distante? ¿Dónde están hoy los respetables ciudadanos de Atenas, prohombres de la Razón y el Entendimiento, que tanto sacrificio hicieron por no asimilarse a otros pueblos, a punto tal de terminar asimilándose a sí mismos, convirtiéndose en una mismidad sin matices, cesación muy distinta en forma pero no en contenido a la de la muerte, que oponían al destierro?

Las preguntas que anteceden no buscan ni remotamente producir esa pirueta argumental que concluye en declarar la superioridad del pueblo judío sobre las otras naciones de la tierra, habida cuenta de la irrefutable constancia de su trofeo darwiniano.

Muy por el contrario, el propósito es sostener en alto esas preguntas sin soltarlas a la primera respuesta que se suscite, con la pretensión de arriesgar una hipótesis de trabajo que tal vez pueda mostrarse – en el intercambio con el lector – fértil.

Nuestro siglo nos ofrece – paradójico obsequio – una abundante información sobre incontables episodios de exilios producidos. Las ideologías probaron con contundencia que son tan capaces de provocarlos como las antiguas religiones; asimismo, los prejuicios raciales y las luchas por el poder económico siguieron aportando su cuota intacta de desterrados, de modo tal que sólo la revolución tecnológica, con su expansión geométrica de la capacidad de fuego y su consecuente multiplicación de víctimas, impidió que los exiliados aumentaran su proporción sobre otras centurias.

A cada revolución – es decir, a cada cambio de manos del poder político por vías no democráticas – sucedió una semimigración nacional. Los ejemplos son incontables: rusos, chilenos, uruguayos, tibetanos, turcos, polacos, argentinos, etíopes, españoles, italianos, rumanos, etc., etc., etc. Nuevamente, la lista perfecta.

Luego de veinticinco siglos del atardecer en que Sócrates bebió la cicuta que lo alejó, junto a todas las cosas, del exilio, muchos otros hombres fueron puestos frente a la disyuntiva del destierro o la muerte. Afortunadamente, algunos de entre ellos optaron por el destierro. No sólo preservaron sus vidas, sino que se convirtieron en testigos denunciadores de lo que sus pueblos, privados de la legitimidad de los derechos humanos, sufrían en la "concauidad" del exilio: hundidos frente a límites territoriales alzados e inexpugnables.

Entre quienes optaron por el destierro se contaron muchos artistas e intelectuales. Debieron sumar, a los numerosos rigores del exilio, la pena de la ausencia del lenguaje materno. "Cambiar de

idioma, para un escritor", — escribe Emile Cioran, quien lo ha hecho — "es como escribir una carta de amor con un diccionario".

Cioran pertenece — junto a Ionesco, Eliade y otros intelectuales eminentes — a una de las más célebres cofradías de exilados, la notable diáspora rumana. Su paso del idioma rumano natal al francés le permitió realizar significativas consideraciones sobre el exilio de lengua. En "Ventajas del Exilio", ensayo incluido en **La tentación de existir** escribe: "Bajo cualquier forma que se presente, y sea cual sea su causa, el exilio, en sus comienzos, es una escuela de vértigo. Y el vértigo no es cosa a la que a cualquiera le sea dada la suerte de llegar. Es una situación-límite y algo así como el extremo del estado poético. ¿Acaso no es un favor ser transportado a él de golpe, sin los rodeos de una disciplina, por la sola benevolencia de la fatalidad?"

A su vez, no sin coincidir en lo profundo con su compatriota, anotó Mircea Eliade en su **Diario** el 1 de enero de 1960: "Cada exiliado es un Ulises camino de Itaca. Toda existencia **real** reproduce la **Odisea**. El camino hacia Itaca, hacia el Centro. Sabía todo esto desde hace mucho tiempo. Lo que descubro de repente es que a cualquier exiliado se le ofrece la oportunidad de convertirse en un nuevo Ulises (justamente porque ha sido condenado por los "dioses", es decir, por las Potencias que deciden los destinos históricos, terrenales). Pero para darse cuenta de ello, el exiliado debe ser capaz de descifrar el sentido oculto de sus vagabundeos, y comprenderlos como una larga serie de pruebas iniciáticas (queridas por los "dioses") y como otros tantos obstáculos en el camino que le vuelve a llevar a casa (hacia el Centro). Esto quiere decir: **ver** signos, sentidos ocultos, símbolos en los sufrimientos, las depresiones, los agostamientos de todos los días. **Verlos y leerlos** incluso si no están ahí; si se los ve, se puede construir una

estructura y leer un mensaje en el transcurrir amorfo de las cosas y el flujo monótono de los hechos históricos".

Esta "resignación" del exilio, este cambio de signo que permite observar al exilio como una disparidad cuantitativa que se transforma en ventaja cualitativa es, probablemente, la razón de ser de la adquisición sufrida y paulatina, pero ciertamente definitiva, de la cualidad paradigmática del exilio judío. No es de extrañar que esta re-significación se haya producido en el siglo en que finaliza el exilio "visible" de los judíos, en que el sueño del Estado de Israel se vuelve realidad.

Una parábola histórica, que vertebra toda la historia de Occidente, une los gestos de Sócrates y Cioran sobre el terreno más misterioso de la identidad judía: la promesa mesiánica, la redención final que sólo sería alcanzada una vez que la geografía en que fue prevista fuese reconquistada y reasumida. Para Sócrates, afinado en las certidumbres inefables de la Ciudad, no había lugar para un Mesías; tampoco para Cioran, desdénso de los favores de las promesas del porvenir. No requieren del sueño de la redención final: uno no lo cambia por los dones de saberse miembro de su cultura, el otro no lo acepta porque implica una postergación que asume como una simplificación frente a la cuestión de la nada. Pero para el judío, para cada uno de los judíos religiosos y laicos, el advenimiento de la edad mesiánica tiene un significado valioso: explicita el alcance de una tarea.

Decíamos antes que las preguntas que rondan al misterio de la supervivencia del pueblo judío debían seguir vigentes y resistir el asalto repentino de respuestas apresuradas. No para perpetuar un interrogante y usufructuar de una sombra para la que ninguna luz resulta suficiente, sino para permitir que las distintas, parciales, provisionarias respuestas puedan confrontarse entre sí e in-

tercambiar pareceres. Quisiera sumar, modestamente, un intento de respuesta al interrogante formulado.

Así como la ontogenia repite la filogenia, es decir, así como cada individuo repite en su formación y desarrollo los de su especie, del mismo modo, el pueblo judío ha repetido, como nación, la formación y el desarrollo de la especie humana. La aptitud metafórica del exilio judío es en verdad una cualidad ontológica: testimonia el largo aprendizaje de la evolución, desde lo unicelular hasta los intrincados laberintos del cerebro y las puertas abiertas a la conexión cósmica.

La razón de ser de la supervivencia del pueblo judío podría basarse, entonces, en la potente irradiación de su destino nacional, destino que — como el de ningún otro pueblo — ha simbolizado el de la especie: salir del Paraíso de la Naturaleza, enfrentarla con ansias de dominación y — si esta segunda etapa no deviene última —, reintegrarse finalmente a la Naturaleza, dotados con el fuego de los dioses: la conciencia, y sin la percepción del destierro.

El pueblo judío atravesó, como el hombre mismo, las primeras dos fases del desarrollo descripto. La creación del Estado de Israel da comienzo a la tercera, a la más difícil de todas: no es su finalización sino apenas su comienzo. Se ha recuperado la lengua materna y el solar paterno. Se abre una posibilidad que permite sustentar un diálogo inédito en la historia judía, diálogo cuyos participantes son Israel y la Diáspora.

Si la hipótesis de trabajo presentada prueba tener visos de verdad, se presenta para el pueblo judío una alternativa crucial: percibir que, así como en el pasado la supervivencia se cifró en la similitud metodológica del destino nacional y el destino humano en su conjunto, una vez concluido el retorno a la Tierra Prometida, la futura supervivencia sólo podrá asegurarse en la renovación de esa semejanza.

Pero, ¿cómo descubrir cuál es la tarea de la hora sin hacer una predicción filogenética, adivinación carente de toda validez? No hay respuesta. El exilio postula una esperanza que el regreso a casa neutraliza. Otro griego, el poeta Constantino Cavafis, aconsejaba en su poema "Itaca" al Ulises moderno que se demorara todo lo posible en su retorno, que adquiriera experiencia y se entregara por igual a placeres y dolores; si la suerte lo acompañaba, llegaría a Itaca de viejo y ya nada tendría que pedirle a la soñada Patria: "Itaca te ha dado un deslumbrante viaje:/ sin ella no hubieras emprendido la marca./ Mas ninguna otra cosa puede darte./ Aunque pobre la encuentres,/ no hubo engaño./ Sabio como te has vuelto/ con tantas experiencias,/ comprenderás al fin/ el significado de las Itacas".

El exilio es una dura prueba. Pone en peligro la estabilidad emocional, la salud psíquica, la identidad en su conjunto. Numerosos mitos documentan que para el héroe no hay otra alternativa que un pasaje por el exilio, y que el regreso al hogar entraña el cumplimiento de una jornada azarosa y llena de peligros. Si Cavafis acierta, el valor de lo aprendido en la jornada será el único premio. Si no lo hace, el exilio será prólogo de un texto que empezará a escribirse, texto cuya sintaxis desconocemos todavía.

Maestros del exilio o simplemente sus alumnos, para los judíos existe una materia que — al tiempo que se renueva y fortalece el destino de Israel y se nutren nuevamente las arcas de sueños y los profetas reclaman las pruebas del retorno — permitiría reconocer que hemos aprendido la lección: contribuir rápida y eficazmente al fin del exilio del pueblo palestino. No hay duda que la principal tarea de la hora es construir la paz. Los que vuelven del exilio trabajan por la paz, sin importar a qué dioses se sirve.